

Proyecto de una historia

DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA (1)

I—El período colonial

Tengo á la vista en este momento una colección de manuscritos que contienen porciones de dieciséis capítulos de una obra en proyecto. Varios años há, cuando consulté el artículo *España*, de la *American Cyclopædia*, estaba yo lejos de imaginarme que había de meterme en aguas tan profundas. Estos manuscritos se refieren exclusivamente á obras escritas con anterioridad al año de 1650 por personas que pasaron varios años de su vida en el Nuevo Mundo. Mi plan ha sufrido cambios y más cambios, pero ahora parece que la niebla se ha disipado y que al fin navego bajo un cielo sereno.

Todo se desarrolló gradualmente. En 1892, á indicación de mi buen amigo, el difunto señor Espinosa, cónsul de España en Boston, el encargado de negocios de aquella nación en Wáshington, don Agustín del Campillo, me honró con el nombramiento de miembro de una subcomisión para fomentar la Exposición Histórica de Madrid. Esto despertó mi interés. Fuime á España y tomé parte en el noveno congreso de americanistas, que á la sazón se hallaba reunido en Huelva. Algunos de los ilustres personajes que estuvieron presentes en aquella asamblea han pasado á me-

(1) Traducción de un artículo escrito en inglés por Charles Warren Currier, doctor en filosofía y letras.

(N. DEL E.)—El doctor Currier, quien es muy conocido en los Estados Unidos como elocuente orador y consumado poligloto, ha sido recientemente nombrado delegado de los Estados Unidos y de la Institución Smithsoniana de Wáshington al Congreso Internacional de Americanistas, cuya primera sesión tendrá lugar en Buenosaires el 16 de Mayo de 1910, y la segunda en la ciudad de México en Septiembre.

por vida. Jules Oppert, el orientalista; Nordenskjolt, el explorador ártico; Hamy, el antropólogo; Dimitrios Bikelas, el amigo querido y simpático hijo de las Islas Egeas, y Justo Zaragoza, el americanista, han dejado de existir, pero su memoria vive en la mente de sus admiradores.

Con los gratos recuerdos de aquel viaje, retorné á mi patria, y en la placentera soledad de la rectoría de mi pueblo pasé muchas noches invernales ensimismado en la recordación de España y de cosas españolas. Sucediéronse otros congresos de americanistas, en Nueva York, Stuttgart y Quebec, en los que se recordaron las antiguas amistades y se hicieron otras nuevas.

Mientras tanto, la simiente plantada en Huelva había estado desarrollándose; di varias conferencias ilustradas sobre España, y un curso sobre la colonización española. Debo confesar, sin embargo, que hasta entonces, y por algún tiempo después, mis ocupaciones no me habían permitido consultar las autoridades originales. Por aquel tiempo se me rogó que diera un curso sobre la literatura hispanoamericana. Bien es verdad que las fuentes con que contaba al emprender mi tarea no eran del todo satisfactorias..... "principio quieren las cosas." En aquella época fue cuando abrí la *American Cyclopædia* en el artículo *España*. Hallé uno ó dos párrafos insignificantes sobre la literatura castellana en el nuevo mundo. Así me inicié en tan difícil tema.

Realmente me extrañó ver que en este y otros países apenas se conozcan las obras que han visto la luz en la otra mitad de este gran continente. Poco más pude encontrar, aparte de un artículo de Ramsey en la *Biblioteca de la mejor Literatura del Mundo* (*Library of the World's Best Literature*), de los ensayos de Juan María Gutiérrez, traducidos al alemán por Ferdinand Wolf para el *Jahrbuch für Romanische und Englische Literatur* (*Anuario de las literaturas romance é inglesa*), y unas cuantas selecciones tomadas de diversas fuentes. Recurrí á mi amigo el señor don

Joaquín Walker Martínez, en aquel entonces ministro de Chile en Washington, y pariente del ilustre hijo de aquella república, Carlos Walker Martínez. El me dio á conocer las obras de José Domingo Cortés, y aquel lindo cuento del valle del Cauca, *Maria*, por Jorge Isaacs. Mis estudios daban, pues, de la grata conversación que en aquella sostuve en la hospitalaria mesa de don Joaquín Walker Martínez.

El *Diccionario Biográfico de Cortés* me puso en la pista, y quedó descubierto ante mis ojos el espléndido panorama de los escritores hispanoamericanos. Uno á uno todos ellos desfilaron ante mi visión mental—historiógrafos, teólogos, filósofos, jurisconsultos, publicistas, poetas, novelistas y periodistas—desde Colón y Las Casas hasta Andrés Bello y los Amunáteguis. Los conocí íntimamente y llegué á encariñarme con ellos. Horas sumamente agradables pasé en su compañía en la Biblioteca Peabody de Baltimore, y otras, más placenteras aún, en Boston, entre los amigos de George Ticknor, en el corazón de aquella magnífica colección á cuyo lado se deslizaron los más felices años de su vida.

Así preparé mis cinco conferencias sobre la literatura hispanoamericana, y las di en las riberas del pintoresco lago Champlain. Eran sinópticas, pero abarcaban toda la materia. Con todo, mi conocimiento de ella era escaso.

Al principio se me ocurrió publicar las conferencias en forma de introducción á tan interesante estudio, pero al recordar que no existe en inglés historia alguna de la literatura hispanoamericana, como tampoco la había completa en español, me atreví á creer que podía dar á la luz pública un bosquejo histórico cuando menos. Empecé, pues. Pero á medida que adelantaba mi labor, parecía que su horizonte se alejaba más y más, y esta es la hora en que me encuentro aún en el período de la conquista y de la colonización, sin esperanzas de poder salir de él en breve; y me pregunto si viviré lo suficiente para ver terminada tan ardua tarea.

Asunto es este de los muy pocos en que nadie me ha precedido en mi propio idioma, sin que tampoco haya nadie escrito en español, por lo que yo sepa, una historia de la literatura de que se trata.

Hay biografías y algunas enciclopedias biográficas muy valiosas, así como también bosquejos históricos, pero no existe ninguna historia. La literatura de diferentes países ha sido estudiada por hombres como Rojas y Vergara y Vergara, en tanto que otros nos han dado ensayos y antologías en prosa y en verso, como Menéndez y Pelayo, Torres Caicedo y Lagomaggiore; pero hasta la fecha no se ha desarrollado el tema por entero. Por otro lado, el interés que la literatura hispanoamericana ha inspirado algunas veces está patentizado por el hecho de que Ryoj Imamura Biikusha ha escrito en japonés un florilegio de los veinte autores suramericanos de más nota, con bosquejos biográficos y retratos.

Primeramente creí que podía dividir la obra en dos partes, una que tratara del período colonial y la otra del de la independencia, pero como resultó que me quedé atascado en el siglo XVI y que no pude librarme de él sino hasta haber satisfecho todas sus exigencias, me resolví á terminar el estudio de la literatura de los primeros tiempos del período colonial, y, de ser posible, á publicarlo como la primera parte de la obra, confiando á mi buena suerte el poder completar algún día la parte relativa á la segunda mitad de dicho período, dedicando después mi atención á los autores del siglo XIX.

La primera mitad del período colonial empieza con el descubrimiento de América y termina á mediados del siglo XVII, pues entonces la América Española ya estaba colonizada y se había extinguido la generación que estuviera en contacto directo ó indirecto con los primeros conquistadores.

Esta época coincide con la edad de oro de la literatura de España, cuando Zurita, Mendoza y Mariana colocaban

los cimientos de la historia de España, y de las plumas de Cervantes, Lope de Vega y Calderón nacían los inmortales óramas que han hecho grande al teatro español; cuando Ruiz de Alarcón hacía honor á su tierra natal, México; Ercilla y Zúñiga immortalizaba uno de los motivos americanos más conmovedores, y Bernardo de Valbuena componía su pastoral *El Siglo de Oro*.

Debo dejar constancia de mi agradecimiento á los que me guiaron en la prosecución de mi obra, tales como aquel infatigable trabajador, el llorado García Icazbalceta y el notable bibliógrafo José Toribio Medina. En verdad, ellos han facilitado considerablemente mi tarea. Mi admiración no tiene límites cuando pienso en las corporaciones y en los sabios que del polvo de los siglos han sacado de su sueño á tantos manuscritos hasta entonces ignorados, y que han abierto los tesoros de la literatura antigua. Las magníficas compilaciones que se han hecho en España, como la *Biblioteca de Autores Españoles* y otros muchos; editores, como el finado Alfredo de Chavero, Peralta, y otros cuya mención sería larguísima, facilitan en sumo grado la labor del investigador, en tanto que el mundo erudito recordará siempre con un sentimiento de gratitud al incansable Muñoz, al munífico Kinsborough y al fecundo Ternaux Compans (á pesar de los defectos de sus traducciones), sin hacer mención de activos trabajadores como sir Clement Markham y de Sociedades como la *Hakluyt*.

Difícilmente podría yo haber encontrado un sitio mejor que Washington para llevar á cabo mi labor. La capital de los Estados Unidos se está convirtiendo rápidamente en un centro literario y científico. Su biblioteca del Congreso, bajo la hábil dirección de Mr. Herbert Putnam, tiene una espléndida colección de los antiguos escritores hispanoamericanos, la cual continúa aumentándose notablemente; posee también un departamento de manuscrito cuyo valor crece constantemente. Por otro lado, la oficina de las repúblicas americanas nos mantiene al tanto de los asuntos de Latinoamérica.

Así es como pude formular mi plan, que es extenso. Incluir á autores españoles que han vivido algún tiempo en América, nacidos ó nó en ella, y escritores naturales del nuevo mundo que residieron en el extranjero. Como mi obra no será bibliografía ó enciclopedia, no será necesario, como tampoco posible, tratar en ella de todos los escritores, pero me permito creer que no pasaré por alto ningún autor de importancia. Se dará una idea de algunos en dos ó tres palabras, en tanto que de otros se harán bosquejos biográficos. Las circunstancias que concurrieron en la composición de cada obra, su índole y su influencia serán comentadas de acuerdo con su valor y en consonancia con el puesto que ella ocupe lógica y cronológicamente en la historia de la literatura. Se tratará no sólo de las obras publicadas sino también de los manuscritos inéditos que merezcan atención ó que arrojen luz sobre la materia en general. Además de las numerosas notas que por vía de referencia habrá al pie de diferentes páginas de la obra, llevará como apéndice una extensa bibliografía.

Por literatura entiendo todo lo que se ha escrito, tomando la palabra en su más lato sentido y no en restringido de bellas letras. Así pues, tanto las obras históricas, las filológicas, las religiosas y las científicas, como las dramáticas, las poéticas, y la correspondencia epistolar, tendrán sitio en el tratado, y en una de sus últimas partes figurarán prominentemente las obras de jurisprudencia, filosofía y economía y las novelas.

Sé muy bien que una obra de este género requiere luegros años de constante trabajo, y por eso no pretendo producir nada que ni aun remotamente sea perfecto; sólo me propongo indicar el camino, en la esperanza de que algún día surgirá otro Ticknor que haga para América lo que tan bien se ha hecho para España. Es cierto que apenas hay punto de comparación entre la literatura española y la hispanoamericana, siendo ésta meramente un ramo dependiente de la otra, sin que exista independencia alguna en-

tre ellas. Mas la literatura americana tiene sus rasgos característicos propios, debidos á la escena, los habitantes, los idiomas y las condiciones del hemisferio occidental. Además, ha habido una influencia mutua por el bien ó por el mal. Si la literatura americana ha sentido la aceleración ó la disminución del pulso de la literatura madre; si el espíritu del renacimiento y el de Italia cruzaron los mares, y si el gongorismo vino á contaminar la musa americana, no tengo la menor duda de que el impulso que la historia española recibiera en el siglo XVI, cuando pasó la crónica medioeval, fue principalmente debido á la América. Las obras más importantes que procedieron del nuevo mundo en aquel antiguo período eran históricas, y él suministró motivos cual no se habían registrado desde la edad heroica. México, Perú, Quito, la tierra de los araucanos y la región del Plata, facilitaron material en abundancia para el historiador etnológico, así como también para el simple cronista de sucesos, y la América proporcionó para las edades futuras materias tan ricas como el oro que los naos transportaban á la madre patria. Las obras que tuvieron la suerte de ser impresas, como las de Oviedo, Xerez, Cieza de León, Garcilaso, Inca de la Vega, Bernal Díaz y Torquemada, hicieron profunda impresión y acrecentaron el interés que la América había despertado. Coleccionistas y traductores como Ramusio, las utilizaron con avidez, y las prensas de Venecia, París, Amberes y otros puntos, se preocuparon de vertirlas á los diferentes idiomas de Europa. Otros, menos afortunados, quedaron condenados á luenga oscuridad y en espera de mejores días, por más que traductores como Ternaux-Compans, é historiógrafos como Irving y Prescott, se valieran de ellas. Algunas de esas obras permanecieron en manuscrito, debido á la incapacidad de sus traductores de publicarlas, en tanto que otras, como las de Bernardino de Sahagún, fueron suprimidas por las autoridades por el temor de que ejercieran influencia maligna en los indígenas, ó bien por el escrúpulo del superior

de alguna orden religiosa, de que ciertos trabajos fueran tirados en sus imprentas, como sucedió con el del padre Anello Oliva, en el Perú, la mayor parte de cuyo libro permanece aún en manuscrito.

Las bibliotecas y archivos de España y de América, tanto públicas como particulares, contienen aún gran número de manuscritos inéditos, como el del jesuíta Ribas, cuyos volúmenes en folio se hallan en nuestra biblioteca del congreso en Wáshington, y que permaneció sin publicarse hasta hace pocos años.

Por más que el interés de la inmensa mayoría de estas obras es más bien histórico que literario, algunas de ellas son de lectura amena, y, en la época en que la prosa había adquirido con Cervantes su mayor desarrollo en España, vivían también americanos como Garcilaso de la Vega en la Península y Rodríguez Fresle en la Nueva Granada, los cuales ocupan un puesto importante entre los prosistas de la lengua castellana.

Departamento interesante de la literatura americana es el que componen las muchas cartas procedentes del Nuevo Mundo, dirigidas unas á los monarcas, otras al Consejo de Indias, otras á particulares. Arrojan nueva luz sobre los sucesos de la conquista, por lo que constituyen una de las importantes fuentes de nuestra historia, y nos dan una vista interior de la vida política social y aun la doméstica de aquel período, que no podía obtenerse en otras fuentes. Algunas de estas cartas, á pesar de su extensión, están bien escritas, y en un estilo que haría honor á cualquier época. Por vía de ejemplo, citaré la correspondencia del fraile franciscano Jerónimo de Mendieta.

Gran número de obras está dedicado á idiomas. Cualquiera que sea la opinión que uno tenga de los que—como Zumárraga, en México, Las Casas en Guatemala, y Landa en Yucatán,—son acusados de haber destruído tantos monumentos de la antigüedad, nunca podrá apreciarse con exceso la deuda de gratitud que el americanista debe á los

antiguos franciscanos, dominicanos y otros, sin hacer mención de los jesuitas. En México, en la América Central y en el Perú, compusieron gramáticas y diccionarios de las lenguas primitivas y rudas, guiándose únicamente por su oído. Hombres como Zurita, en el primer período colonial, y Vergara y Vergara en nuestros días, no han titubeado en reconocer esa deuda á los frailes.

Gran parte de los libros publicados en el período de la colonización consistió en obras sobre religión, destacándose entre ellas el catecismo, ó *doctrina cristiana*, frecuentemente publicado en texto bilingüe, en español y en el dialecto indígena de la calidad respectiva. En la actualidad, apenas si tienen valor bibliográfico, aun cuando sirven para dar idea de los trabajos de aquellos tiempos.

Ocasionalmente nos tropezamos con obras que podríamos llamar curiosidades literarias, como la de Antonio León Pinelo sobre los velos femeninos, tanto antiguos como modernos, y los dos libros del dominico Gregorio García, uno sobre el origen de los indios, y el otro sobre la predicación del cristianismo en América en los tiempos de los apóstoles.

La literatura antigua de América abunda también en anécdotas interesantes, recogidas de diversas fuentes por autores como Oviedo y Valdés y Rodríguez Fresle, en tanto que respecto á la novela puede decirse que Ercilla levantó los cimientos del romance indio, cuyas posibilidades están patentizadas en el inimitable *Atala* de Chateaubriand.

Con respecto á la poesía nos alcanzan los ecos de aquellos remotos días cuando las apartadas colonias luchaban por su existencia. Llegan á nosotros en cantos líricos ó en sonetos, del corazón de las cordilleras, de Santafé de Bogotá; oímos sus acordes en el Perú y sus melodías en México; Eslaya nos da á conocer la primitiva escena del *Auto sacramental* americano, ó nos conduce al altar para que presenciemos el voluntario sacrificio de una virgen consa-

grada. Lope de Vega ha hecho que se conserve fresco el recuerdo de muchos vates que hubieran sido relegados al olvido, inmortalizando sus nombres en el *Laurel de Apolo*. Sí, fuera de la imaginación de Lope, realmente existió como un verdadero sér aquella hija de los conquistadores en un obscuro rincón del Perú—cuyos versos vivirán eternamente en la *Filomena*, junto con los de su amante Belardo—Amarilis descorre el velo y nos deja posar la mirada sobre la antigua sociedad literaria del país de los Incas.

Cuando las hazañas de Carlos V, un espíritu épico en la Península, cúpole á América el honor de dar á la literatura española lo mejor de su género y lo más aproximado al verso heroico. Sea que por medio de Andrés Bello, exaltamos *La Araucana*, calificándola de poema épico, sea que, mediante otros, la consideremos simplemente como un poema histórico, el caso es que despierta nuestra admiración por la pureza de su dicción, la elegancia de su estilo, y sus ocasionales rasgos de fantasía. Si tenemos la paciencia para sobrellevar la monotonía de sus batallas y la abundancia de la sangre que empapa sus páginas, al terminar su lectura estaremos convencidos de que no hemos perdido el tiempo. Consideremos las palabras de Colocolo como una producción nuestra, y nuestros corazones se conmueven al impulso de la compasión que inspiran los sufrimientos de Glaura.

Si *La Araucana* pertenece tanto á España como á la América, Pedro de Oña nos ha dado una obra genuinamente americana, que, de no ser maestra, tiene á lo menos mucho mérito, é indudablemente supera á algunas de las producciones del viejo mundo.

A poemas como las *Elegías* de Castellanos, debemos más por la información que de ellos derivamos, que por el placer que sus versos nos proporcionan, y es de lamentarse que, para narrar aquellos sucesos, sus autores hubieran adoptado la poesía en vez de la prosa. Con todo, no podemos menos de admirar la paciencia de Castellanos, quien



nos ha dado uno de los poemas más largos que se han escrito en cualquier idioma.

Estudiando la poesía y la dramática, y dejando á Ruiz de Alarcón para la literatura de su país adoptivo, oímos los débiles acordes de Ospina, y nos preparamos á escuchar las notas de la décima musa, aquella Inés de la Cruz, tan apreciada por sus contemporáneos de México.

La segunda parte de mi obra se ocupará en lo que llamo la última mitad del período colonial, que comprende los años de 1650 á 1810. Se verá, pues, que la línea divisoria entre este período y el primero, está trazada casi en el centro de la época colonial, abarcando el primero ciento cincuenta y ocho años, y el segundo ciento sesenta y ocho. De ser posible, me gustaría unir esas dos partes en un tomo, dejando el segundo para la literatura del siglo XIX.

Los escritores que vivieron en lo que podría designarse como el período de transición, estarán colocados en la parte de la obra que trata de la época en que llevaron á cabo la mayor porción de sus actividades literarias. El contenido de la segunda parte estará dividido por el mismo plan de la primera, por lo que la correspondencia epistolar, la historia, los escritos religiosos, la ciencia, el drama y la poesía constituirán otras tantas divisiones.

Veremos que durante toda la época colonial los eclesiásticos y los religiosos ejecutan la mayor proporción de la labor literaria de sus tiempos, descollándose los jesuitas por sus trabajos docentes, que se extendían por toda la América española. Cuando se suprimió la orden, sus doctos miembros se dispersaron, yéndose muchos á Italia, unos á continuar sus labores, y otros á sumirse en la oscuridad, y dejando sus manuscritos, que más tarde fueron á parar en bibliotecas públicas ó particulares.

En la parte relativa á la historia, asentaré los nombres y, hasta cierto punto, trataré de los trabajos de escritores como fray Esteban Avilés, cronista de Guatemala; el padre Andrés Caro, de México; fray Francisco Figueroa, del

mismo país; fray Francisco Garcés, el padre Beaumont, y el jesuita José Ortega.

En la América del Sur encontraremos los nombres de muchos miembros de la Compañía de Jesús, como Juan Velasco, Miguel de Olivares, Francisco Javier Sturri, Gaspar Juárez, Ignacio Molina y otros. Encontraremos también frailes como Laureano de la Cruz, el franciscano; Antonio Aguiar, el dominico, y otros de las mismas ó diferentes órdenes. Entre los historiadores pocos se destacarán tanto como el ilustre arzobispo de Panamá, Fernández de Piedrahita, aquel noble hijo de la Nueva Granada que tan bien supo utilizar las labores de sus predecesores, como Quesada, el conquistador, y Castellanos, el sacerdote poeta. Nos encontraremos con uno que, como otros muchos, trocó la toga por el hábito cuando el sol de su vida empezaba ya á ponerse. Me refiero al historiador de la conquista de la Nueva Galicia, Matías de la Mota Padilla. Al estudiar la historia eclesiástica de España y de Hispanoamérica, nos admiramos de ver el número de hombres de todas profesiones que, como el Fénix de los Ingenios, dedicaron sus avanzados años al sacerdocio. Así tenemos al soldado Castellanos; al abogado Ugarte, primeramente arzobispo de Santafé y después de Lima; á Diego López de Lisboa y León, biógrafo de ese santo prelado, y padre del bibliógrafo Antonio León Pinelo; y al literato Cervantes de Salazar.

Al examinar las producciones de los siglos XVII y XVIII nos pondremos en contacto con gran número de historiadores laicos, entre los que se cuentan Pedro de Córdoba y Figueroa, cronista de Chile, Angel Justiano Carranza, de la Argentina; Francisco Antonio Moreno, cronista de la Nueva Granada, y el ilustre Mariano Veytia, á quien sorprendió la muerte cuando llegaba al apogeo de sus trabajos.

La historia eclesiástica estará representada por Fray Agustín de Bentancourt, de México; Diego de Córdoba y

Salinas, del Perú; los jesuitas Alegre y Morán y Butrón y otros.

Si bien á fines del primer período de la colonización había pasado ya la edad de la doctrina cristiana, nos encontramos en varios escritores eclesiásticos, tanto religiosos como seculares, que dieron á luz obras sobre asuntos sagrados, entre los que sobresalen el obispo Palafox, en el norte, y el obispo Villarroel, en el sur. Pocas personalidades más notables hay en la historia literaria y eclesiástica de la América española que la del buen arzobispo de Arequipa que pertenece á lo que yo clasifico como el período de transición entre la primera y la segunda mitades del colonial, en tanto que la controversia entre el obispo Palafox y los jesuitas ha dado importancia internacional al pueblo de los Angeles.

Los antiguos escritores religiosos se ocuparon más en la composición de obras catequísticas, como también en la de gramáticas y diccionarios. La conversión de los indígenas al cristianismo era el supremo ideal que les animaba. En el segundo período colonial, la vida social y la religiosa habían entrado ya á este estado normal, formándose las comunidades y organizándose las iglesias. Desde entonces los autores dedican su atención á la teología, al derecho canónico, á la oratoria sagrada y al ascetismo. En el siglo XVI, las órdenes religiosas insertan un número considerable de biografías en las historias; más tarde, aparecen obras biográficas separadamente, como la *Vida del obispo Landa*, por Cogolludo; la del arzobispo Ugarte, por López de Lisboa y de León; la de Toribio de Mogrovejo, por León Pinelo; la de la beata Mariana de Quito, por Morán y Butrón, y otras.

Si bien es de notarse que á fines del siglo XVII y á principios del XVIII hay una marcada decadencia en la literatura americana, debe advertirse que ello no es más que un reflejo de lo que sucedía allende los mares, en la madre patria. Pero científicamente, por lo menos, se ob-

serva un admirable renacimiento al tiempo en que el poderío de España en el nuevo mundo iba desvaneciéndose.

Con Carlos de Sigüenza y Góngora se cerró felizmente el siglo XVII. Este versatílsimo escritor, que había rehusado una invitación á la Corte de Luis XVI, prefiriendo su México á los esplendores de una capital europea, será siempre recordado como uno de los hombres más eminentes que la Nueva España produjera.

Sin omitir ninguno de los escritores importantes del siglo XVIII, llegamos al renacimiento científico á que me he referido, y que tuvo por cuna el ilustre Colegio de EL ROSARIO en Santafé de Bogotá, del cual José Celestino Mutis era catedrático, aquel Mutis que dio vida á una nueva generación de sabios. ¿Qué amante de la independencia americana no se siente emocionado al oír el nombre de Caldas, el distinguido discípulo del anterior? De aquí á seis años, en el 20 de Octubre, Bogotá probablemente recordará al hombre que, hincado de rodillas, suplicó que le dejaran vivir más tiempo, no porque temía la muerte, sino porque amaba la ciencia más que su vida, y deseaba terminar una obra importante antes de sumirse en el sueño eterno.

Otros nombres como el del mexicano Cárdenas y León, vienen ahora á mi atención, pero los límites de este artículo no me permiten tratar de ellos detenidamente.

No se durmió la musa en este período, y hubo en él varios autores de los que hablaremos oportunamente. Por más que ya no encontramos ningún Ercilla ó Bernardo de Valbuena, nombres como los de Sigüenza y Góngora, en la *Primavera Indiana*, y de Pedro Peralta y Baineuero, en la *Luca Fundada*, habrán de cautivar nuestra atención.

Al propio tiempo se despertaba el periodismo para adquirir prominencia en la vida literaria y política de Hispanoamérica. La raza indígena del nuevo mundo produjo uno de los primeros de nuestros periodistas, Francisco Javier Eugenio Espejo, fundador del primer periódico de Quito, y que en 1796 selló su patriotismo con la vida.

Si mis días se prolongan, espero dedicar el segundo tomo al período de la independencia, por más que la abundancia del material es tal que quizás sea necesario otro volumen.

No me jacto de que mi obra será una adición al conocimiento del mundo erudito; pero puedo decir con certeza que presentaré á la atención de mis lectores en general gran número de hechos hasta ahora ignorados, en tanto que daré á conocer á mis conciudadanos una tierra incógnita, cuya existencia ni tan siquiera sospechaban.

Si yo, como tantos escritores americanos, no tuviera la dicha de ver mis escritos en letras de molde, espero que, cuando haya dejado de existir, algún escritor de mi raza y lengua, más competente que yo, utilizará el material que he reunido para provecho de la posteridad.

CHARLES WARREN CURRIER

(Del *Boletín de la Oficina Internacional de las Repúblicas americanas*).

DEDICATORIA

ÑOR VICERRECTOR DEL COLEGIO DEL ROSARIO

Señor :

En nombre de los señores superiores y alumnos internos tengo el honor de presentaros un obsequio que, hecha abstracción de sus notas materiales, haga patentes los sentimientos de ellos y los míos : de adhesión y respeto hacia el que como vicerrector gobierna la marcha de los estudios; de cariño al amigo que bajo un mismo techo ha compartido las faenas de luengos días; y de profunda estimación á las prendas personales de quien, con acierto y serenidad imperturbable, ejerce aquella autoridad en el colegio.